

## *LAIKA (De Paulina Flores)*

Josefa despertaba de un sueño corto. Alguien, en la penumbra, le movía el hombro, suavemente pero con tenacidad. Alguien la llamaba, susurrante. «Josefa, Josefa, despertá.» «Hola Fede», respondió con voz somnolienta. «Hola Josefa», dijo él. Ella apenas si podía verle el rostro y alargó la mano para comprobar que estaba ahí, y él la capturó y le besó la palma abierta. Vamos a la playa a ver ovnis, dijo Fede. Tengo sueño, respondió, ya podía verlo en la oscuridad de la pieza. Le encantaba cuando eso ocurría, cuando sus ojos lograban acostumbrarse a la noche, como los gatos. Vamos nenita, insistió Fede, y cuando lo dijo ella sintió miedo. Los ojos de Fede brillaban como un cielo lleno de ovnis. Me da miedo, dijo Josefa. No pasa nada, los ovnis son tan inofensivos como las estrellas, la tranquilizó él, además venís conmigo. Su madre le había dicho que se portara bien con Fede, porque los argentinos iban a ayudarlos. Josefa no quería dejar mal a su mamá ni desobedecerla. Últimamente la retaba mucho y ella no quería que la retara más. No quería decepcionarla más.

¿Puedo llevar mi pala?, preguntó Josefa, aún algo indecisa. No era una pala de juguete de plástico, sino una de verdad, una de metal que su madre usaba para jardinear y que ella le había rogado que le prestara para llevarla a las vacaciones. Una herramienta de adulto. El sueño de Josefa era convertirse rápido en adulto, despertar un día y darse cuenta de que era una persona grande y que podía hacer todas las cosas que un adulto hacía, o que ella creía que un adulto hacía, como ocupar una pala de metal y no una de plástico.

Claro, dijo Fede, sonriente, nunca sabés cuándo se puede necesitar una.

Josefa indicó dónde estaba. Él la destapó de la cama, tomó la pala del velador y se arrodilló dejándola horizontal en sus manos, como si le ofreciera una espada. Josefa la tomó riendo y la sostuvo con fuerza. Ves que soy todo un caballero andante, dijo Fede y la envolvió con una frazada y se la llevó en brazos, tanteando en la oscuridad.

A esas horas de la madrugada la playa estaba desierta. Fede dijo que para

lograr un avistamiento tendrían que alejarse lo más posible de la civilización. Cruzó el roquerío que bordeaba las cabañas, hasta llegar a un pequeño depósito de arena entre las rocas. Acunada como iba, Josefa alcanzaba a ver parte del perfil de Fede en el fondo estrellado. Con ella todavía en brazos, se sentó en la arena, y extendió la cabeza hacia atrás para ver el cielo.

Pasaron varios minutos en que Fede mantuvo la misma posición, pensativo y en silencio, guardando cierta gravedad, como para otorgarle oficialidad científica al asunto. Si no hubiera sido por el frío, Josefa se habría quedado dormida durante ese tiempo.

Mirá, dijo Fede de pronto. Apuntó hacia arriba y con el índice siguió una bola luminosa que atravesaba el cielo lentamente. Josefa se aferró con más fuerza a la pala y se la llevó al pecho y comenzó a temblar, aunque no por miedo al ovni sino por el frío. Fede prendió un cigarro. Josefa, dijo muy serio, no te voy a mentir. Me encantaría que viéramos uno juntos, pero ese no es un ovni, es un satélite. Fijate en cómo avanza. Es un satélite artificial que da vueltas a la Tierra. Hay muchos. Algunos son viejos y ni siquiera funcionan, van orbitando sin sentido. Se les llama chatarra espacial. Allá hay otro, ¿lo ves? Josefa lo vio. ¿Son como *Laika*?, preguntó apuntando al cielo. ¡Eh!, celebró Fede, ¡qué sabés de *Laika*! Ya decía yo que no eras solo una piba bonita. Le besó la nariz y ella sintió su aliento a tabaco. Josefa rio tímida. Si lo sabía era por la canción de Mecano que escuchaba su mamá. Le encantaba esa canción. Le parecía misteriosa y cuando la escuchaba se llenaba de preguntas. ¿Qué sería de *Laika*? ¿Dónde estaría ahora? ¿Imaginaría que era famosa, que tenía una canción? Había muchas cosas que le parecían tan misteriosas; el mundo guardaba secretos que nadie conocía ni entendía: barcos y aviones perdiéndose en el Triángulo de las Bermudas. Las pirámides de Egipto. La desaparición de los mayas y de los dinosaurios. El fuego. Las hormigas. Rasputín sobreviviendo al veneno y los disparos. El asesinato de Marilyn. La piel de Michael Jackson. Josefa creía que cuando muriera y subiera al cielo, Dios, o un ángel encargado, aclararía todos estos grandes enigmas, y a veces eran tantos sus deseos de saber, que ansiaba estar muerta, morir por un ratito.

¿Sabés cómo se llamaba la nave en que enviaron a *Laika*?, dijo Fede soltando una bocanada de humo.

Josefa negó con la cabeza. Le preocupó que Fede se diera cuenta de que en realidad no sabía mucho más sobre *Laika*.

En kínder, una vez la profesora preguntó quién sabía dibujar una estrella. Josefa levantó la mano entre todos los niños y fue a la pizarra, altiva y sonriente, y dibujó con la tiza una especie de círculo con puntas. Todos los niños rieron y gritaron que esa no era una estrella, y entonces Josefa vio la pizarra de nuevo y se dio cuenta de que era verdad, eso que había dibujado no era lo que veía en su mente, no era una estrella. Por la tarde, en la casa de Mauricio, se puso a llorar. Mauricio era el hijo de la vecina que la cuidaba por las tardes y la consoló diciéndole que no debía preocuparse, que él le enseñaría la forma más fácil de dibujar una estrella. Primero tenía que dibujar una V invertida, luego trazar una línea ascendente hacia la izquierda, otra línea horizontal a la derecha y finalmente una descendente hasta el punto de inicio de la V. Se hace sola ¿ves?, dijo Mauricio, y ni siquiera tienes que levantar el lápiz. Esa era otra de las razones por las que Josefa quería ser adulta. Si aprendía a dibujar estrellas y todas las demás cosas que sabían hacer los adultos, nadie se reiría de ella otra vez.

*Sputnik 2*. Una nave soviética, dijo Fede, maravillado con sus propias palabras. *Laika* era un choco, una perra callejera. Su verdadero nombre era *Kudryavka* y le ganó a los otros dos perros que entrenaban los rusos. Fue el primer ser vivo que viajó al espacio y, después de siete horas, el primero en morir en órbita.

A Josefa no le gustó saber que *Laika* estaba muerta. En realidad, era muy tonto de su parte imaginar que aún seguía viva, dando vueltas por el espacio, pero así era como la imaginaba, tal como en la canción, mirando por la ventana del cohete la bola de color que era la Tierra.

La grabaron al lado de Lenin en el monumento de los conquistadores del espacio. En el monumento hay un poema. Un verso dice «Hemos forjado las alas del cielo». En ruso, claro, no en español. A mí me gustan más los rusos que los yanquis, ¿y a ti?

Medio encogida como estaba en los brazos de Fede, Josefa dijo que los rusos, sin saber qué significaba y en un tono tan bajo que fue como si no dijera nada.

Fede sabía muchas cosas, pensó. Igual que Mauricio. Aunque sabían cosas

diferentes. Lo que sabía Mauricio era sobre todo las historias de los superhéroes. Fede le gustaba, igual que Mauricio. Pero Mauricio no la abrazaba como Fede lo hacía. De hecho, Mauricio casi nunca la abrazaba, lo que hacía era tomar sus brazos y hacer que se pegara en la cara con sus propias manos mientras le decía ¿por qué te pegái sola?, o atacarla con cosquillas hasta que ella no aguantara más. Y una vez no había aguantado y se había hecho en los calzones, y Mauricio se había reído como dos horas, hasta que ella se puso a llorar de vergüenza y entonces él le dijo que fuera al baño a sacarse los calzones meados y que él se los lavaría y los secaría con el secador, y así fue, y cuando llegó su mamá a buscarla por la noche, Mauricio no dijo nada, no la acusó por mearse en los calzones.

Me encantaría estudiar astronomía. Este año salgo de secundaria, pero no me va muy bien. Y astronomía es una carrera redifícil, no me daría la cabeza, reconoció Fede, algo pesaroso.

Y, bueno, parece que ya no vamos a ver ovnis hoy.

¡*Cha!*, repitió Josefa para sí y rio.

¿De qué te reís? ¿Te reís de mí, petiza?, dijo Fede, jugando. A ver, parate, a ver a dónde me llegás paradita. No me llegás ni a las rodillas.

*Rodishas*, repitió Josefa en su mente, y volvió a reírse.

Fede tiró el cigarro a la arena.

¡Cochino!, dijo Josefa agarrando más confianza.

¡Cómo que cochino! ¿A quién le decís cochino? La dejó rodar de su brazos hacia la arena, le quitó la pala y la clavó en la arena, tras él, y tomó a Josefa por las axilas y la puso en pie, frente a él.

A ver, dejáme mirarte, dijo, llevándose la mano al mentón en duda. Le quitó la frazada que la cubría.

¿Te gusto?, le preguntó, colocando nuevamente la mano en el mentón y entrecerrando los ojos.

Josefa bajó la mirada hacia la arena y afirmó que sí con la cabeza.

¿Cuánto te gusto? ¿De aquí a la luna?

Volvió a asentir. Para ella Fede era el niño más bonito que pisara la tierra, tan bonito como los galanes de las teleseries o como su padre en las fotos viejas, cuando era joven, como decía su madre que era de lindo de joven.

Vos me gustás de aquí a Plutón, respondió, y le levantó la carita con la mano para que lo viera a los ojos. Ida y vuelta.

¿Y la Paola?

¿La Paola? ¿Cuál Paola?

La de la cabaña nueve.

Esa piba no sabe nada, no como vos, que sabés de la era espacial. Fede le guiñó un ojo. Josefa no podía más de la dicha.

Además no sabe dar besos, vos sabés.

A la niña se le iluminó el rostro. Era cierto, ella sí que sabía.

¿Diste muchos besos?

Asintió una y otra vez, emocionada.

Besos de teleserie. Practicaba con su papá y su mamá, succionando con los labios y meneando la cabeza de un lado a otro, como lo hacían los protagonistas.

Fede se acercó despacio y tomó la cabecita de la niña entre sus manos. Su respiración era agitada. Cerró los ojos y posó sus labios sobre los de Josefa, que parpadeaba nerviosa. Ella iba a comenzar con su meneo de cabeza cuando sintió que un cono suave, húmedo y frío penetraba en su boca. Abrió los ojos de par en par y no pudo hacer su movimiento, prácticamente no podía mover ningún músculo ante la sorpresa de la lengua. Esa parte no la conocía, no la mostraban en la televisión.

Fede se alejó.

Mmm, dijo decepcionado. Te falta un poquito todavía. Josefa bajó la cabeza, y sintió deseos de llorar.

No, nenita, no te lo tomés así, dijo, levantando su cara con los dedos. Está

muy bien para lo chiquita que sos. Josefa sonrió más aliviada. Además, yo te puedo enseñar. Tenés que imitar lo que yo hago ahí adentro. Para cuando nos casemos serás una experta besadora. Ella volvió a abrir mucho los ojos, como platos.

Porque... querés casarte conmigo, ¿no?

Josefa movió la cabeza de arriba abajo rápidamente.

Fede se desabrochó la cadena que llevaba en el pecho.

¿Te gusta?, dijo Fede, mostrándole el sol dorado que colgaba de la cadena. Este va a ser el símbolo de nuestra promesa. Se lo pasó por encima de su cabeza. Cuando cumplás dieciocho, voy a venir a buscarte a Chile y nos casaremos. Volvió a darle otro beso, pero esta vez más corto, sin lengua; una pequeña aspiración, similar a los que se daban los papás de Josefa. Ella sabía que a otros niños les daba asco que sus padres se besaran, pero a ella le encantaba, aunque las pocas veces que lo hacían era así: un beso corto, sin movimientos de cabeza, como a la pasada.

Josefa tomó el sol entre sus manos. Lo miró como hipnotizada y sacó pecho para lucirlo mejor.

Ahora falta sellar el pacto en el mar, dijo Fede, mirando la costa. Amarró el pelo ondulado de Josefa con un elástico. No querrás resfriarte en las vacaciones por acostarte con el pelo mojado, dijo sonriendo y comenzó a desvestirla. Primero la polera del pijama. Era amarilla, su color preferido, con un elefante bordado que sostenía un helado a medio derretir. Después los calcetines, y finalmente el pantalón.

Josefa hundió el pecho ruborizado, y el sol también se hundió en su pecho. Toda ella se hundió.

Desnuda frente a Fede, Josefa volvió a sentir vergüenza, pero una distinta a la que sintió cuando vio la estrella mal dibujada en la pizarra de la sala de clases. Se parecía más a la emoción que la embargó cuando la vacunaron en el colegio. Avanzó siguiendo la fila de niños, con timidez, porque sabía que ellos la verían medio desnuda cuando se sacara la blusa del uniforme, pero también ansiosa por hacerlo. Fue una decepción cuando llegó su turno con la enfermera y ella únicamente le desabrochó la manga y le subió el puño por el brazo.

Esa pancita es mía, dijo Fede, palpando la barriga prominente de Josefa. Le besó el ombligo y otra vez más arriba. Un beso con lengua en la tetilla, y cuando su boca se separó de su piel, Josefa vio un hilito de saliva brillante, que unía su cuerpo y los labios de Fede como la seda de una telaraña. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, como cuando su madre le trenzaba el pelo y sin querer tiraba de unos pelitos solitarios.

Fede la atrajo hacia sí y la abrazó muy fuerte y le pasó la lengua por el cuello, como si lamiera una estampilla. Tenés sabor a protector solar, dijo, sabor a playa.

Se quitó los pantalones, el chaleco, la polera y los calzoncillos con rapidez. Y Josefa se fijó en las partes de su cuerpo que no estaban tan bronceadas y en su pene erecto, que apuntaba hacia el mar como la aguja de una brújula. Nunca antes había visto uno y quedó impresionada. Desde entonces, esa sería su imagen de los penes. No caído y flácido como el de su padre, que vería en el futuro, al entrar al baño y sorprenderlo desnudo saliendo de la ducha, sino erguido y firme. Implacable, como el palo de escoba con el que su mamá limpiaba los ciruelos del patio. Perpetuo como la manecilla de los relojes que dibujaría en su muñeca izquierda, aburrida en las clases.

Caminaron hacia el mar tomados de la mano. Y Josefa pensó que eran como el Adán y Eva de su Biblia infantil. La leía todas las noches, y su historia preferida era la de Sansón y Dalila, porque era la más romántica.

Mientras caminaba volvió la cabeza y contempló sus pisadas. Las huellas en la arena seca, poco profundas e imprecisas. Las huellas en la arena mojada, con más detalles, reflejo de la diferencia en sus pesos y tamaños. Ambas se borrarían dentro de poco y volverían a formar parte de la playa. Unas antes que otras, pero desaparecerían. Cuando Josefa las vio, supo que todo lo que vivía con Fede era real. Le ocurría tener recuerdos muy vívidos de niña, que se develaban como sueños o invenciones, confusiones suyas. Había dos que le llamaban particularmente la atención. En el primero estaba con su mamá, solas de noche en la casa. Ella se despertaba con ruidos raros y avisaba a su mamá. Partían juntas hacia el *living*, y en medio de la oscuridad veían a los ladrones. Estaban escondidos; agachados bajo la mesa de comedor, detrás de los sillones, de la estufa a gas. Debían ser unos cuatro y Josefa recordaba ver el contorno de sus uniformes negros, con cuello alto de ladrones, y que parecían niños jugando a las escondidas. La otra se trataba de una tarde que pasó con su papá. No recordaba bien qué hacían pero en un momento él dijo que tenía el poder de desaparecer, y fue hacia la

pieza corriendo y ella lo siguió y, cuando llegó, él ya no estaba. Lo buscó por todos los lados, y siguió con el resto de la casa, pero no logró encontrarlo. Entonces se sentó frente al espejo, y mientras se miraba y jugaba a delinear su reflejo plano, llegó a la conclusión de que su padre había tomado una pastilla de chiquitolina para esconderse. Las imágenes de esos recuerdos eran muy claras en su mente, incluso más que otras que realmente ocurrieron. Habían ido perdiendo su autenticidad en la medida en que ella se había hecho grande, cuando ya no parecían lógicas o posibles, teniendo que obligarse a no evocarlas en su memoria.

Pero ahí estaban las huellas, dos pares para dos personas. Y unas las borraría el viento y otras el mar. No serían permanentes, pasarían al olvido, como todo, y eso lo hacía real.

Se adentraron hasta que el agua cubrió el pecho de él y se dejaron mecer por el mar tranquilo. Él la abrazaba por la espalda y mamaba de su cuello como los moluscos de las rocas que los cercaban. Estoy enamorado, repetía, estoy loco por vos.

Josefa tenía la mirada fija en el horizonte. El mar y el cielo le parecían una sola oscuridad, tal como debía de ser el mundo del Génesis, cuando Dios todavía no separaba las aguas que estaban por encima del firmamento de las que estaban por debajo de él.

El mar y el cielo eran una sola oscuridad, y los ovnis podían estar tanto arriba como abajo, volando y flotando a la vez.